

JON AZKUETA

# EL ÚLTIMO

# AMANECEER

# DE AGOSTO

CROSS  
BOOKS

JON AZKUETA

**EL ÚLTIMO  
AMANECER  
DE AGOSTO**



CROSSBOOKS 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Jon Azkueta, 2024  
Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S.L.  
© de la ilustración de cubierta: Melania Badosa, ilustradora representada por IMC, Agencia Literaria  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-08-29237-1  
Depósito legal: B. 12.456-2024  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.  
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Meses antes del último amanecer de agosto...

## Capítulo I

# LOS HERMANOS IBARRA

41 días para el primer muerto

# ELENA

*Burgos, 7 de junio de 2022*

—¿Te lo has pasado... bien?

Izan está abrazado a una farola y, por un instante, dudo si habla conmigo o con el poste.

—¿Elena? —disipa las dudas. Esa soy yo.

—Vamos, ¡avanza! —le ordeno.

Pero no se mueve, al menos de la manera que me interesaría. Tan solo desciende, poco a poco, hasta que su trasero choca contra el suelo.

—Joder. —Tiro la toalla.

Le doy la espalda y dejo atrás la estampa de mi exnovio haciendo *pole dance* con una catedral de fondo. Estamos en el centro de la ciudad de Burgos y, según las campanas de la iglesia, son las nueve de la mañana. Ya llevo diez horas de tortura y sospecho que aún me queda alguna más.

—¿Elena? —vocifera Izan.

Me detengo con brusquedad.

—¿Qué?

—No te enfades. Solo preguntaba si te lo has pasado bien.

La respuesta es un rotundo «NO».

Debería haberme quedado en casa y disfrutar de una buena sesión de escritura.

Sin embargo, he salido porque según mi amiga Rosa iba a ser una de las mejores noches de mi vida, el comienzo ideal para las vacaciones de verano, la despedida perfecta antes de pasar unos meses fuera...

Nada más lejos de la realidad.

Después de todo lo ocurrido, es imposible que nadie piense que he podido llegar a pasármelo bien. Ni siquiera Izan, por muy borracho que esté.

—¡Levántate de una maldita vez! —exclamo.

—No puedo —niega con resignación—. Estoy pegado a la corriente eléctrica.

—El alumbrado público lleva horas apagado. Lo único a lo que puedes estar pegado es a las meadas de los perros.

Con movimientos aletargados se desenreda su corto cabello rubio, mientras sus somnolientos ojos azules me desafían y sus finos labios escupen con torpeza:

—Me odias mazo, ¿eh?

Ahora mismo sí, a muerte, pero disimulo.

—No. Ya sabes que te tengo cariño.

Lo que en situaciones normales es cierto.

Izan no solo es mi exnovio, también es un gran amigo.

Si no lo fuese, no estaría aguantando su *show*.

—¿En serio? ¿Aunque esté bañado en pis de perro?

—No es para tanto. Y sí.

—Gracias. Significa mucho viniendo de ti. Con lo finolis que eres.

—No soy tan finolis.

Me incomoda con un descarado escrutinio.

—Fíjate en cómo vas vestida.

Repaso mi conjunto: mocasines negros, falda de vuelo del mismo color, camisa de manga larga blanca y un bolso de nailon oscuro.

—Voy perfecta.

—Para un congreso de finolis.

Desesperada, niego con la cabeza en un gesto de renuncia.

—Ahí te quedas.

—Eh, no, ¡por favor!

Intento ignorarlo, avanzo, y de pronto pregona:

—¡No es mi culpa que te hayan puesto los cuernos!

Menudo golpe bajo.

Giro sobre mis talones hasta que mis mocasines lo apuntan de nuevo.

—Vale... Creo que me he pasado. Vayamos a casa, por favor —me pide rendido.

Se refiere al apartamento de Rosa, ahí es donde dormiremos los tres hoy. Nuestra amiga vive con su padre, un reputado policía con jornadas tan demandantes que apenas le dejan margen para ver a su hija. Suele estar fuera de la ciudad, lo que es tan triste como provechoso para nosotros.

—Pues venga. —Cargo con él—. A descansar de una maldita vez.

El trayecto se me hace eterno y, cuando al fin llegamos al portal, Izan reformula la pregunta con la que ha dado comienzo a la estúpida conversación frente a la catedral.

—Elenita, entonces ¿te encuentras bien?

—Qué pesado eres. ¡Sí!

—Tan fría como siempre... —me describe.

—Y tú tan bocazas como de costumbre...

Estoy buscando en mi bolso las llaves que nos ha prestado Rosa, pero no doy con ellas.

—Izan, ¿no las tendrás tú?

—Yo lo que tengo es una impotencia terrible —retoma el tema de la infidelidad—. Ese cabrón merece ser castigado.

El cabrón es Pedro, el chico que hasta hace un par de horas era mi novio. Lo he pillado enrollándose con otra y, aunque me duele la traición, en realidad no demasiado.

—Estoy bien. De veras.

—¿Cómo puede ser? ¿No estás cabreada? Yo... Lo pasé fatal cuando me abandonaste.

Ha abierto el cajón de la mierda.

—Tú y yo lo dejamos por el bien de nuestra amistad —resuelvo, y zarandeo el bolso con la esperanza de escuchar un sonido metálico.

En vano. No sé dónde narices he guardado las llaves, y que Izan me tenga enganchada del brazo dificulta bastante la búsqueda.

—Elenita... Oye...

—¿Qué?

—Que te voy a echar mucho de menos.

Lo dice porque, después de varios años, voy a volver a pasar un verano con mi abuelo Gabriel. Como en los viejos tiempos.

Bueno, no exactamente igual.

Ahora también estará Lourdes, una millonaria con complejo de Evelyn Hugo: ha tenido más maridos que mascotas, y eso que no le duran más de quince años. Las mascotas. Los maridos aún menos.

Mi abuelo y ella se casaron en 2018, y desde entonces apenas nos hemos visto. Al principio, la hospitalidad de Lourdes escaseaba, y por ego decliné cualquier invitación que conllevara pasar más de una hora con la persona que se llevó a mi abuelo al País Vasco, tierra a la que ella y su familia —los Ibarra— están arraigados y en la que concentran toda su fortuna.

Ni siquiera les hacía visitas fugaces hasta que, un año después de la boda, tuve que dejar de lado esta costumbre insana. Concretamente, el 3 de octubre de 2019. Aquel inolvidable día me tragué el orgullo, aunque no tanto como ahora, que he aceptado pasar las vacaciones con los dos.

Lo he hecho por el agravamiento del estado de salud de mi abuelo, porque no creo que tenga muchas más oportunidades de estar con él...

—¿Tú me vas a echar en falta? —me saca del ensimismamiento Izan.

Sigue sosteniéndose gracias a mí, cada vez más colgado. Podría decir que tengo dos bolsos.

—Quizás.

—Qué profunda.

—Sí. ¿Nos centramos?

Consigo que me deje en paz, aunque no se aparta.

Al contrario, se apoya aún más. Me siento Marco llevando al mono.

—Qué pesadez... —Resoplo y me hago con el iPhone—. Tenemos que llamar a Rosa.

—Bien. —Coge aire—. ¡¡¡ROSA!!!

Pego tal respingo que casi le parto la barbilla con el hombro.

—¡Izan, ya! —le chisto, y trato de dar con el contacto de nuestra amiga.

Antes de que pueda hacerlo, el iPhone vibra y aparece una notificación: «Abu. Gabi». No es una traducción errónea de la capital de los Emiratos Árabes. Gabi es como apodé a mi abuelo cuando aún no sabía pronunciar la erre.

Deduzco que me llamará emocionado por lo poco que queda para que nos veamos. Pero no es el mejor momento para charlar.

—Hola, Abu. ¿Te parece bien si hablamos luego?

—Perdona, Elena. No soy Gabriel. Soy Mikel.

Por la voz, que he asociado a un tipo joven, es evidente que no se trata de él. Lo que no sé es quién narices es este tal:

—Markel, escucha...

—Mikel —corrige.

—¿Qué haces con su teléfono?

—Necesito hablar contigo. ¿Puedes?

Me lo planteo.

—Depende.

—Bien. —Lo recibe como una afirmación—. Verás... ¿Estás sentada?

Automáticamente, frunzo el ceño, y una asfixiante presión se me concentra en el pecho. He visto demasiadas series de crímenes como para identificar el protocolo de los agentes antes de dar una noticia fatal.

—¿Eres poli o algo así?

—No —rechaza, firme, y el nudo de la garganta se me afloja un pelín.

Aunque su cuidada serenidad me está poniendo de los nervios, e Izan no ayuda.

—¡Eh! ¿Es Rosa?

—Qué va —le respondo al borracho, con el micrófono tapado contra la camisa—. En realidad no sé quién es.

—¡Pues cuelga! —bufa él—. Hay que buscar a nuestra amiga. Te querrán vender algo.

—No quiero vender nada. —Mikel nos ha escuchado.

Vuelvo a la llamada y apremio al desconocido:

—¿Entonces? ¿Te puedes presentar en condiciones y decirme de qué va esto?

—Sí. Soy Mikel Ibarra, el nieto de Lourdes.

Eso sí que no me lo esperaba.

Un Ibarra.

Y, como cada vez que escucho ese apellido, se me revolucionan las pulsaciones. Es como si la caja torácica me fuese a explotar con cada latido, como si me fuese a reventar el esternón... Aunque al final la que estalla soy yo cuando Izan grita:

—¡¡¡ROSA!!!

Doy un brinco y le pego tal bolsazo que sale disparado.

Cae de culo y las llaves se escapan del bolsillo de su pantalón vaquero.

—¡Las tenía yo! —celebra.

Inmediatamente, huyo de él para poner toda mi atención en el nieto de la ricachona.

—¡Tú! ¿Qué quieres?

—Verás... Esta conversación va a ser muy difícil.

—Coincido, ahórratela. Ponme con mi abuelo.

—No puedo —niega.

Es curioso. Creía que los allegados de Lourdes no podían resultarme más odiosos, pero gracias al misterio que este se trae y a que intuyo que me va a amargar aún más el día, acaba de ascender otro escalón.

—Espero que tengas un buen motivo —amenazo.

—Lo tengo, Elena. Esto es serio.

Cada vez me preocupa más.

—¿Qué ocurre?

No contesta de inmediato, lo que me permite percibir su respiración —mucho menos calmada que la voz— al otro lado de la línea.

Me pongo en lo peor.

—¿Dónde está Gabriel?

—Lo siento mucho —me prepara.

—¿Qué es lo que sientes?

—Elena...

Coge aire y detona la bomba:

—Gabriel ha fallecido.